

Conflicto, ciudad y política: intercambios simbólicos

Ana María Jaramillo, Ramiro Ceballos Melguizo, Marta Inés Villa
*En la encrucijada. Conflicto y cultura política en el
Medellín de los noventa*
Medellín, Corporación Región, Alcaldía de Medellín
-Programa de Reinserción-. Junio 1998

Como bien lo señalan los autores esta investigación apunta a "tomarle el pulso a la vida política de la ciudad de Medellín" a través de un seguimiento que indaga desde los antecedentes de la conflictividad urbana en el Medellín de mediados de siglo (Capítulo 1), pasando por toda la gama de actores armados (Capítulo 2) y por las organizaciones e instituciones que se han convertido en instancias de mediación (gubernamentales y otras) de los conflictos (Capítulo 3), para llegar finalmente al problema de la representación y la representatividad de la política y a los imaginarios urbanos de los pobladores con relación al conflicto, la ciudad y la política (capítulos 4 y 5). Todos ellos articulados a partir de lo que se constituye en un eje teórico: conflicto, ciudad y política.

La introducción da cuenta -por momentos en un lenguaje de la filosofía política- de algunos de los conceptos o

de las categorías analíticas a partir de las cuales se desarrolla el análisis. La noción de *cultura política* apunta, según los investigadores, hacia esos lugares intermedios o interfases entre individuos, sociedad y Estado donde es posible captar una situación dada, en este caso la conflictividad urbana (p.10). Se entiende aquí la cultura política no como variable subjetiva de lo político sino más bien como la dimensión que se sitúa en el cruce entre la acción y las interpretaciones simbólicas de la acción. De esta manera el análisis pretende avanzar de la descripción hacia la interpretación pues la referencia al sentido lleva a la comprensión del juego de actores y del funcionamiento de las instituciones (p.12); otro concepto importante es el de *moral pública* con el que los investigadores designan el universo subjetivo de la política y que se asume aquí como el nombre genérico que se da al conjunto de valores y prácticas centradas alrededor de la solución colectiva de

problemas básicos. A partir de este concepto centran la dimensión cultural de la política ya que se la entiende como orientaciones de la práctica social. El análisis es, en primer lugar, un intento de juntar la racionalidad y la acción política con los discursos, símbolos, representaciones que configuran el sentido; en segundo lugar, de caracterizar el conflicto como acción social que moviliza una dimensión política (p.15). Finalmente está el concepto de *mediación* perteneciente a la sociología jurídica y que nombra un tipo especial de solución de disputas. La mediación es la búsqueda de un término medio que implique la abolición de la diada vencedor/vencido. Este concepto está en auge por la vía de la resolución de conflictos pero también porque para algunos analistas podría ser un mecanismo que ayude a la reconstrucción del tejido social (p.20). En este punto llama la atención y no queda del todo clara la insistencia teórica en una categoría, la mediación, que según ellos mismos no va a ser utilizada en el análisis.

En la introducción hay, adicionalmente, unas precisiones en torno a la metodología cuando señalan que utilizan un método cualitativo, desarrollado inicialmente por la antropología cultural anglosajona, cuya característica esencial es la de privilegiar la calidad y la ejemplaridad de los casos sobre la cantidad y a la uniformización, aunque advierten los investigadores que su utilización en este caso es un poco heterodoxa. A este respecto concluyen con lo que es quizá una característica singular de la investigación: la voluntad explícita de que los

actores expresen en su propio lenguaje la mayor parte posible de contenidos pertinentes.

Con esos elementos analíticos los investigadores inician el análisis en torno al eje teórico ya definido: conflicto, ciudad y política con un desarrollo un tanto desigual de uno a otro capítulo. Los tres primeros yo diría que están bastante bien logrados. El primero, a modo de antecedentes de la conflictividad urbana a partir de los cambios que experimentó la ciudad desde mediados del siglo xx. El origen un tanto traumático de las ciudades colombianas con relación a los éxodos producidos por la violencia en el campo marca sus características de ciudades informalizadas y de precarias condiciones, produciéndose así un desencuentro entre ciudad moderna y modernidad social y política. Allí se mezclan lo moderno con lo pueblerino en un proceso que marca las conflictividades urbanas en Colombia y concretamente en Medellín donde esta masa de migrantes se convierte en una "amenaza social" y de "desorden urbano" que riñe con el modelo de ciudad que había prevalecido hasta entonces. Las transformaciones de la ciudad en las últimas dos décadas son enormes y en ellas se gesta la crisis de los años ochenta, agudizada por el narcotráfico que modifica sustancialmente el panorama de la criminalidad en Medellín. A estas formas violentas ligadas al narcotráfico se suman otras producidas por el conflicto político armado. La proliferación de grupos armados se describe con bastante riqueza en el capítulo dos, en el que se aprecia el enorme conocimiento de los

autores sobre esta dinámica de la ciudad, sobre las diferentes lógicas donde la acción armada se inserta y sobre la manera concreta como estas lógicas se retroalimentan. Desde el origen de los grupos armados (bandas y milicias inicialmente, posteriormente los combos y los grupos de autodefensa) pasando por la consolidación y el debilitamiento de los mismos en diversos momentos, por las mezclas explosivas entre delincuencia juvenil y narcotráfico, o entre milicianos y guerrilleros, los investigadores se aproximan al accionar de los grupos y a sus diferencias, a veces sutiles, tratando de captar las diversas lógicas de acción. El material que ilustra estos capítulos es muy valioso. Los testimonios, sobre todo los recientes, dejan ver las transformaciones del conflicto y el contraste con un fenómeno como el sicariato. Algunos jóvenes hoy ya no matan por dinero (p. 77). Otros quieren vivir, "tener un futuro, una vida como normal, mas suave, mas descansada" (p. 78). Habría sido deseable ahondar más en el análisis de estas sociabilidades, de estas dinámicas que los investigadores llaman de *socialización armada*.

La diversidad de conflictos ha sido objeto, particularmente en los últimos años, de diferentes acciones de mediación gubernamentales y de sectores de la sociedad civil. Esta temática va a ser abordada desde dos ángulos en el capítulo 3. El primero, la mediación ejercida por parte de la administración municipal del alcalde Sergio Naranjo (1995-1997) a través de la Oficina de Paz y Convivencia que canalizó su política de seguridad. Objetivos como reducir las tasas de criminalidad, crear mecanismos legales

para la convivencia pacífica, reducir los márgenes de impunidad, fueron algunos de los objetivos propuestos. Sin embargo, como bien concluyen los investigadores, hay una enorme desproporción entre los propósitos declarados y las medidas efectivamente adoptadas por parte de los agentes gubernamentales. Con respecto a la mediación ejercida por agentes no gubernamentales el trabajo resulta mucho más sugerente: se trata de la acción ejercida por comunidades barriales u organizaciones que, en su condición de habitantes del barrio *de toda la vida* terminan por intervenir como mediadores en los conflictos armados. Como lo señala uno de los mediadores entrevistados: "no podíamos trabajar solo con los buenos, (que) había que trabajar también con los malos" (p. 129). A estas acciones se suman también como mediadoras la Iglesia, las juntas de acción comunal o grupos culturales y deportivos. El capítulo termina ilustrando cuatro experiencias concretas: la mediación ejercida, en primer lugar, por organizaciones comunitarias u Ong barriales básicamente con bandas; en segundo lugar un caso de negociación con milicianos; en tercer lugar una mediación eclesial a través de un sacerdote y, finalmente, una mediación a través de un líder que los investigadores llaman promotor de paz. Las dos últimas resultan bien interesantes. La mediación del sacerdote por los "rituales" que su acción involucra, por ejemplo la realización de lo que llaman una *misa parquera*, esto es, un acto poco ortodoxo con relación a los cánones de una liturgia y que se realiza para acercar a los jóvenes y la última por tratarse justamente de un mediador

que en años anteriores estuvo involucrado de diversas maneras en la guerra.

Los criterios con los cuales, según los investigadores, se manejan los pactos de no agresión entre los grupos armados son muy importantes. Yo diría que bastante significativos y dejan abiertas nuevas pistas para el análisis, por ejemplo: ¿qué significa, frente a esta explosión de grupos armados donde el único lenguaje parece ser el ruido ensordecedor de las balas, algo como *el respeto a la palabra*? ¿Qué significa el problema del territorio en relación con el reconocimiento? En la mayoría de los análisis se da por sentado que el control territorial es un "botín" de guerra; valdría la pena explorar ¿por qué y de qué manera en estas "pequeñas guerras"?

Algo como el papel de la Iglesia en el conflicto reciente ha sido abordado muy tangencialmente. Testimonios como el que este trabajo presenta contribuirían enormemente al análisis de esa participación que, ya sea como incitadora a la violencia o como mediadora, parece tener un lugar importante en el conflicto.

El capítulo 4 es, a mi juicio, un tanto flojo con relación a los demás. Se trata de abordar el problema de la representación de la política pero también de las representaciones (mentales) que se hacen los pobladores urbanos de la política. El primer punto se aborda a partir del seguimiento a la labor de los concejales, buscando desentrañar su nivel de representatividad con relación a los grupos e intereses que deben, en efecto, representar. Quizá sea la temática misma

pero el capítulo es un poco árido y pesado de leer. El segundo punto en cambio es pobre analíticamente. Si bien la pretensión es "indagar por las representaciones en tanto imaginarios y sentidos a través de los cuales los actores dan cuenta de sus prácticas, interpretan la política y su propio papel como representantes de lo social" (p. 157), me parece que se quedan cortos. Hay en este caso también algunos testimonios -particularmente de concejales- a partir de los cuales se ilustran sus opiniones al respecto. Estas van en términos generales en la misma línea de la que tienen otros sectores de la población: una visión negativa de la política y de los políticos o expresan algunos cambios en la composición del Concejo (y del electorado representado) o en las formas de intermediación de la política pero siguen siendo opiniones. Yo diría que *el sentido o los imaginarios* que subyacen a sus prácticas y a sus discursos habría que construirlos, esto es, desentrañarlos mediante una interpretación y es aquí donde el trabajo se queda corto. En esa medida la conclusión con relación a la existencia de nuevos imaginarios es un tanto apresurada.

El último capítulo aborda un problema absolutamente relevante en el análisis político hoy: los imaginarios urbanos de los pobladores frente a los tres asuntos que constituyen la columna vertebral del análisis: el conflicto, la ciudad y la política. Los autores aluden con el concepto de imaginarios a "las formas como los pobladores de los diferentes barrios interactúan mediante prácticas, discursos o intercambios simbólicos con

el conflicto, la ciudad y la política". Dicen, también, que en estos imaginarios y discursos se plasman los indicadores de la construcción de la política, los modos como se vivencian los conflictos y se habita la ciudad (p. 201). Sin duda, los imaginarios se plasman en estas tres esferas. Yo diría que en la forma de *vivir* tanto la política como el conflicto y la ciudad. En esta forma de *vivirlos* aparecen en primer plano, y en eso es muy sugerente el análisis, los *modos de vida* más que las estrategias racionales de los actores. En otros términos la *producción de sentido* donde intervienen con mucho peso los imaginarios. Sin embargo el concepto exige ser más desarrollado. Quizá deba ser construido teóricamente. En mi opinión no puede ser fácilmente asimilado a lo que imaginamos sin más (por impreciso) o a lo que, en un momento determinado, opinamos porque su concreción en prácticas sociales va más allá de estas acciones (imaginar, pensar, opinar). Exige, de alguna manera, colectivizarse, ponerse en común, *tejerse intersubjetivamente* como lo proponía Norbert Lechner. La puesta en común trasciende lo meramente subjetivo o la dimensión del sólo imaginar o pensar algo. Es esta la condición que lo convierte en un *imaginario social* capaz de generar prácticas sociales o de producir efectos en los procesos sociales. Por ejemplo, un efecto como el de *producir sentido* para grupos o sectores de población. Es cierto que es un concepto difícil de aprehender en la realidad y de operacionalizar para el análisis, pero es preciso aproximarse más a la construcción teórica que se necesita.

Las percepciones del conflicto se expresan a través de las razones aducidas frente a las causas del mismo. Estas causas son en general bastante compartidas por diversos sectores: el conflicto tiene en la droga un detonante pero, más allá del consumo, por sus efectos colaterales ligados a la violencia. Una segunda causa está asociada a la pérdida de homogeneidad de la comunidad originaria, esto es, a la llegada del *otro*, del extraño; *el que llega de afuera*, produce caos y genera violencia. Este otro incluye a los narcotraficantes que se instalaron en El Poblado aún cuando, desde la perspectiva de los habitantes del barrio, en la lógica instrumentalizada de la doble moral: rechazados y criminalizados por traficantes pero usufrutuados económicamente. Finalmente aparece entre las causas la inoperancia de la justicia, percibida como una ausencia de autoridad que produce zozobra e intranquilidad.

Con respecto a la percepción frente a la ciudad, lo que se encuentra es una gran fragmentación por la existencia de múltiples poderes y un debilitamiento del referente barrial. Con todo, la percepción general sobre la ciudad sigue siendo, para la mayoría, la de "nada como Medellín". También se percibe una territorialidad marcada por el conflicto armado o por los usos, generalmente estigmatizados, de ciertas zonas. Estas dinámicas han producido nuevas formas de relación y nuevas sociabilidades. Finalmente aparece bastante extendida la visión negativa de la política ligada a mentira, corrupción y robo. El capítulo tiene una apreciación muy sugerente en

lo que toca con la *memoria de la violencia* como un referente colectivo. Es cierto, y los testimonios lo dejan ver, que la violencia se ha constituido en algo así como un momento fundador. Dicen los investigadores: se incorpora de manera permanente a la memoria y a la experiencia urbana de los pobladores estableciendo una marca que define las temporalidades de la vida. Las narraciones y percepciones de la ciudad se tejen en torno a las épocas de paz o de guerra (p. 202). Este punto, sin embargo, pudo explorarse más en relación con los imaginarios ya que entre la violencia antigua, incrustada en la memoria, y la actual, en la cotidianidad, no queda mucho espacio para otros referentes y así la violencia alimenta, hoy como ayer, la producción de imaginarios colectivos.

Con respecto a las fuentes utilizadas, los testimonios son sin duda de un enorme valor. Las entrevistas realizadas con diferentes actores protagonistas y espectadores de esta conflictividad urbana, son una fuente documental muy importante al análisis y a otros análisis que encuentran ahí un material apto para ser interrogado de otra manera. Tiene adicionalmente una buena recopilación de fuentes secundarias sobre la problemática del

conflicto en la ciudad que puede ser muy útil para otros trabajos sobre el tema. Pese a las limitaciones que puede tener este trabajo es una referencia obligada para quien se interese por la violencia en Medellín y por la violencia urbana en general, dado que, pese a las especificidades de la ciudad, algunas de estas problemáticas hacen presencia en otras ciudades y en otros jóvenes.

Dos anotaciones para terminar: la primera es que me queda la duda de si estas formas un tanto *sui generis* de conflictividad urbana en Medellín donde predominan acciones armadas pueden ser llamados *conflictos bélicos de baja intensidad* (p.96); y la segunda con relación al mismo capítulo, es una conclusión un tanto problemática la que plantea que estas dinámicas armadas son expresión de una tendencia de *movilidad social no encauzada por la ciudad y por el país* (p.109). Me pregunto si no hay de parte de los investigadores una mirada muy condescendiente con estas formas armadas bajo el supuesto de la "legítima defensa". No hay duda de que hay razones sociales de exclusión y de marginalidad en la base de esta conflictividad pero, ¿son suficientes para justificar este recurso a la violencia?

Elsa Blair Trujillo
Investigadora del Instituto de Estudios
Políticos
Universidad de Antioquia